

EN REBELION LOS DIAS

La rebelión de los días está aquí! Les siento grandes.
Jamás los mortales miraron un prodigio como éste:
cada día de mi vida que se fué con un celeste
pabellón de pensamiento hacia las rosas de la aurora
está aquí, en mi presencia, fulgurante como un joven
dios del vino y de la luz, como un diáfano Dionysos
cuya sangre fuese fuego, con sus ojos eliseos
perforando la armadura conventual de mi conciencia.

Los días en rebelión de la ausencia han regresado
como arcángeles caídos de la influencia de Satán.
Apuestos y luminosos, de ojos negros y ojos zarcos,
son los hijos de la noche en amores con el hado.

Aquí están en rebelión. Todos traen tensos arcos
como ardientes sagitarios que han corrido por el fuego
de los soles que se queman en los cielos o en las almas.

¡Y regaron las promesas y no quieren esperanzas!
¡Están locos estos días que han venido de la ausencia!
¡Cómo vibran sus palabras! ¡Cómo tiemblan sus carcajes
apolíneos que están llenos con las flechas
preparadas contra mí!

¡Y estos fueron otros días
sobre cuyas cabelleras derramé mis esperanzas,
cuyas manos se llevaron en cristales mis promesas,
como ungüentos y perfumes, a esperarme en el camino.

"No llegaste, no llegaste, fementido!"—me han gritado—
"y en la rueda de diamante donde teje tu destino
"va agotándose la seda luminosa de tu vida.
"Escanciaste en tus cristales el ungüento perfumado
"que nos diste, uno a uno, y las horas se durmieron
"a la sombra de los bosques de laureles, en espera
"de tu obra de milagro que no vino, desgraciado!"

Bellos días, bellos dioses, sagitarios de los cielos,
fué mi vida manantial de corriente subterránea!
Si supieseis los parajes de divinos asfodelos
que he cruzado, las ocultas galerías de la esfera
del ensueño que conozco! Si miraseis las cadenas
que han pesado sobre mi alma! Si pisaseis las arenas
abrasadas que han hollado acezantes mis deseos,
si luchaseis con las fieras que salieron a mi encuentro,
con la loba y los chacales, con el áspid y las hienas,
sagitarios de los cielos, fueran otras vuestras voces!

Se miran en silencio los días y tienden sus arcos
de astrales fulgores. Esplenden los radiantes nemrodes
como hijos de la luz y del fuego.

De entre ellos avanza
flamígero numen del sol, como el viento desnudo,

y a su voz del color de la púrpura y timbre del oro,
sus flechas de fuego disparan los esbeltos oriones.

Hay incendio en mi vida. Chisporrotean resinas
y gomas en los bosques sonoros y milenarios
de mis antiguos recuerdos; los macizos de arbustos
que me dieron fragancias de amor se queman, adustos,
con el perfume sutil de la pasión contrariada,
y entran a saco en mi vida los más gloriosos días.
Contra sus fuertes rodillas de sol quiebran en haces
mis engañosos prejuicios de cristal de colores;
sus manos quemantes de luz estrangulan visiones;
cuelgan las convenciones de las horcas del escarnio
y sobre ascuas de vergüenza incineran sus despojos:
arde todo en el ámbar que destilan los recuerdos.

La noche se entra en mi alma cantando entre las ruinas,
y en lo alto de una torre, al fulgor de un astro fausto,
con túnica de púrpura colúmpiase el cadáver
del pasado, todo unguido en el olio de los númenes
de la luz y la alegría.

De nuevo nacida,
soy alma recental en el limen de otra vida.

Con sus dardos los días el vientre de la aurora desgarran.
Nace el sol. Con la sencillez originaria de los dioses
en la primera mañana del mundo sube por la falda
del monte de zafiro del espacio. Todo es nuevo
bajo el sol: el rostro de los cielos y la espalda desnuda
de las aguas, la cabellera undívaga y suelta del aire,
la bella y núbil juventud de la llanura sin sembrados,
la fuerza primogénita de mi alma. Nueva mi conciencia;
nueva la ascendente gradería de luz de mi grandeza
en la oscuridad de mi ciencia y la penumbra de mi instinto.
Hay aguas de diamante en la claridad de mi certidumbre
de que ha llegado a mí la fuerza de remontarme a la cumbre
que vió mi juventud tras los soles ponientes de la gloria.
Sé que sigo siendo siempre el mismo, más siéntome distinto.

Hermosos y joviales en su rebelión están los días.

Como extiende por el césped la lavandera sus manteles
así han tendido los rebeldes sobre mi alma la alegría.

Y se van. Y al partir, llevando en sus cristales los ungüentos
de promesas olorosas como nardos en la ambrosía
de una esperanza de ventura, con sus arcos han mostrado,
sobre la torre de las ruinas, el cadáver del pasado
destilando sobre las crines fugitivas de los vientos
el sacro sándalo y la mirra de mis viejos sentimientos.

ROBERTO BRENES MESÉN

New York, 24 de agosto de 1919.

EL ULTIMO TIRANO

LA última Fiesta de la Raza celebra-
da en México, ha tenido ecos en
esta metrópoli. Un cable procedente
de allá y publicado aquí por la prensa
española, hizo vaga alusión al discurs-
so pronunciado por el Licenciado Vas-
concelos: «denigrando al Presidente
de Venezuela, general Juan Vicente
Gómez» y de la protesta, a ese respec-
to, del Cónsul de Venezuela en Méxi-
co. Al enterarse de esa protesta de su
colega en México, el Cónsul de Vene-
zuela en esta ciudad, protestó también,
pues estos señores cónsules olvidan
que son simples agentes comerciales y
se lanzan a la política como si fueran
Ministros... protestantes.

Pero esas protestas no tienen impor-
tancia ni significación, pues quienes
las formulan no son, en realidad, cón-

sules de Venezuela, sino simples cón-
sules de... Gómez.

No conozco la protesta del Cónsul
Urdaneta; pero sí la de Rincones, que
publicada aquí, ha resultado ejemplar-
mente chabacana. El principal cargo
que hace al rector de la Universidad de
México, es el de inoportunidad y «gran
falta de tacto al escoger el día de la
«Fiesta de la Raza», para desfogar sus
iras contra el Presidente de Vene-
zuela»...

No hay, a mi juicio, tal inoportuni-
dad, ni falta de tacto en los ataques
que el Licenciado Vasconcelos o cual-
quier otro espíritu inspirado en ideales
de justicia, de libertad y de amor a la
humanidad, lance contra Gómez, en
el Día de la Raza o en cualquier otro,
ya que el año tiene 365 días, todos úti-

les y propicios para defender a un pue-
blo oprimido y para denunciar a su
verdugo. Además, Gómez, el siniestro
cómitre de Venezuela, no pertenece a
la raza venezolana, ni siquiera a la hu-
mana, pues a pesar de su aspecto físico,
vagamente antropomorfo, todas sus
protervas actividades lo denotan como
un individuo de la raza de los caimanes.

Que lo digan los desterrados vene-
zolanos de Nueva York, que aún mues-
tran los miembros lacerados por las
cadenas de las mazmorras medioevales
que para vergüenza del mundo existen
aún en Venezuela...

Que lo digan las viudas y los huér-
fanos de los «enterrados vivos», en las
prisiones subterráneas de la Rotonda
de Caracas y de los Castillos de Puer-
to Cabello y Maracaibo.